

pues amigo, estás mal; eres muy delicado para pobre. No está en mi mano, le respondí, y él me dijo: ya lo veo; pero no te haga fuerza, todo es hacerse, y esto es á los principios, como te dije esta mañana; pero vámonos á acostar á ver si te alivias.

A la ruidera de la evacuacion de mi estómago, despertó uno de aquellos *léperos*, y así como nos vió comenzó á echar sapos y culebras por aquella boca de demonio, Qué rotos tales de m..... decia; por qué no irán á vomitarse sobre la tal que los parió, ya que vienen borrachos, y no venir á quitarle á uno el sueño á estas horas.

Januario me hizo seña que me callara la boca, y nos acostamos los dos sobre la mesita del billar, cuyas duras tablas, la jaqueca que yo tenia, el miedo que me infudieron aquellos encuerados, á quienes piadosamente juzgué ladrones, los innumerables piojos de la frazada, las ratas que se paseaban sobre mí, un gallo que de cuando en cuando aleteaba, los ronquidos de los que dormian, los estórnudos traseros que disparaban, y el pestífero zahumerio que resultaba de ellos, me hicieron pasar una noche de los perros.

CAPITULO III

Prosigue PERIQUILLO contando sus trabajos y sus bonanzas de jugador. Hace una séria crítica del juego, y le sucede una aventura peligrosa que por poco no la cuenta.

Contando las horas y los cantos del gallo estuve toda la noche sin poder dormir un rato, y deseando la venida de la aurora para salir de aquella mazmorra, hasta que quiso Dios que amaneció, y fueron levantandose aquellos bribones encuerados.

Sus primeras palabras fueron desvergüenzas, y sus primeras solicitudes se dirigieron á *hacer la mañana*. Luego que los oí, los tube por locos, y le dije á Januario: estos hombres no pueden menos que estar sin gota de juicio, porque todos ellos quieren hacer la mañana.

¡Qué locura tan graciosa! ¿Pues qué piensan que no esta hecha? ¿O se creen ellos capaces de una cosa que es privativa de Dios?

Se rió Januario de gana, y me dijo: se cónoce que hasta hoy fuiste tunante á medias, pillo decente y zángano vergonzante. En efecto; ignoras todavía muchos de los términos mas comunes y trillados de la dialéctica leperuna; pero por fortuna me tienes á tu lado, que no perderé ningunas ocasiones que juzgue propias para instruirte en cuanto pueda conducir á sacarte un diestro veterano, ya sea entre los pillos decentes, ya sea entre los de la chichi pelada, (1) como son éstos.

Por ahora sábetete que *hacer la mañana* entre esta gente, quiere decir desayunarse con aguardiente, pues estan reñidos con el chocolate y el café, y mas bien gastan un real ó dos á estas horas en *chinguirito* malo, que un pósito del mas rico chocolate.

Apenas salí de esa duda, cuando me puso en otras nuevas uno de aquellos zaragates que, segun supe, era oficial de zapatero; pues le dijo á otro compañero suyo: Chepe, (2) vamos á hacer la mañana y vámonos á trabajar, que el sábado quedamos con el maestro en que hoy habiamos de ir, y nos estará esperando. A lo que Chepe respondió: vaya el maestro al tal, que yo no tengo ni tantitas ganas de trabajar hoy por dos motivos. El uno porque es *San Lunes*, y el otro porque ayer me emborraché y es fuerza curarme hoy.

Suspense estaba yo escuchando aquellas cosas, que para mí eran enigmas, cuando mi maestro me dijo: has de saber que es un abuso muy viejo y casi irremediable entre los mas de los oficiales mecánicos no trabajar los lunes, por razon de lo estragados que quedan con la

(1) Echada la sábana ó frazada sobre el hombro izquierdo y terciada bajo el brazo derecho como acostumbran esas gentes, queda descubierta la teta derecha cuando no hay camisa ú otra ropa: y como *chichi* en mexicano quiere decir *teta* ó pecho, la frase se aplica á los que tienen el pecho de fuera ó andan sin camisa por no usarla.—E.

(2) Lo mismo que Pepe ó José.—E.

embriagada que se dan el domingo, y por eso le llaman *San Lunes* no porque los lunes sean días de guarda por ser lunes, como tú lo sabes, sino porque los oficiales abandonados se abstienen de trabajar en ellos por *curarse* la borrachera, como éste dice.

¿Y cómo se cura la embriaguez? pregunté. Con otra nueva, me respondió *Januario*. Pues entonces, dije yo: debiendo el exceso del aguardiente hacer el mismo efecto el domingo que el lunes, se sigue que, si una emborrachada del domingo ha de menester otra para curarse del lunes, la del lunes necesitará la del martes, la del martes la del miércoles, y así venimos á sacar por consecuencia que se alcanzarán las embriagueces unas á otras, sin que en realidad se verifique la curacion de la primera con tan descabellado remedio. La verdad, esa me parece peor locura en esta gente que la de hacer la mañana; porque pensar que una tranca (1) se cura con otra es como creer que una quemada se cura con otra quemada, una herida con otra, etc., lo que ciertamente es un delirio.

Tú dices muy bien, contestó *Januario*; pero esta gente no entiende de argumentos. Son muy viciosos y flojos: trabajan por no morir de hambre, y acaso por tener con que mantener su vicio dominante, que casi generalmente entre ellos es el de la embriaguez, de manera que en teniendo que beber, poco se les dá de no comer ó de comer cualquiera porquería; y esta es la razon de que por buenos artesanos que sean, y por mas que trabajen, jamás medran, nada les luce, porque todo lo disipan, y así los ves desnudos como á estos dos, que quizá serán los mejores oficiales que tendrá el maestro en su taller.

¡Qué lastima de hombres! exclamé; y si son casados ¡qué vida les darán á sus pobres mujeres, y qué mal ejemplo á sus hijos! Considéralo, me dijo *Januario*. A sus mujeres las traen desnudas, hambrientas y golpeadas, y á los hijos en cueros, sin comer y malcriados.

En esto nos salimos de aquella pocilga y fuimos á tomar café. Lo

(1) Estar con la tranca quiere decir, estar borracho.—E

restante del día, que lo pasamos en visitas y andar calles hasta las doce, me anduve yo cuzqueando (1) y rascando. Tal era la multitud de piojos que se me pegaron de la maldita fruzá. (2) Y no fué eso lo peor, sino que tube que sufrir algunas chanzonetas pesadas que me dijeron los amigos, porque los animalitos me andaban por encima, y eran tan gordos y tan blancos que se veían de á legua; y cada vez que alguno se ponía donde lo vieran, decía uno: eso no, á mi amigo *Periquillo* no, que aquí estoy yo. Otros decían: hombre, eso tiene buscar novias de á medio. Otros, ¡qué buenas fuerzas tienes, pues cargas un animal tan grande! Y así me chuleaban todos á su gusto, sin quedarse por cortos con mi compañero, que tambien estaba nadando.

Por fin, dieron las doce, y me dijo éste, vámonos al juego, porque yo no tengo blanca para comer, y no seas tonto, vete aplicando. Donde tú puedas, afianza una apuesta y dí que es tuya, que yo juraré por cuantos santos hay que te la ví poner; pero ya te he advertido que sea apuesta corta que no pase de dos á tres reales; porque si vas á hacer una tontera nos esponemos á un codillo.

En efecto entramos al juego, tomamos buenos lugares, se calentó aquello, como dicen, y yo ya le echaba el ojo á una apuesta, ya á otra, ya á otra; y no me determinaba á tomar ninguna de puro miedo. Quería estender la mano, y parece que me la contenian y me decían en secreto: *¿Que vas á hacer? Deja eso ahí que no es tuyo.....* La conciencia ciertamente nos avisa y nos reprende secreta, pero eficazmente cuando tratamos de hacer el mal: lo que sucede es que no queremos atender á sus gritos.

Januario no mas me veía, y yo conocía que me quería comer de cólera con los ojos. A lo menos si ha tenido ponzaña en la vista, cómo cuentan los mentirosos que la tiene el Basilisco, no me levanto vivo de la mesa; tal era su feroz mirar. Hay gentes que parece to-

(1) Satisfaciendo la curiosidad, ó mirando todo lo que ocurre.—E.

(2) Frazada.—E.

man empeño en hacer que otros salgan tan perversos como ellos, y este condenado era uno de tantos.

Por último, yo mas temeroso de su enojo que de Dios, y mas bien por contemporizar con su gusto que con el mio, que es lo que sucede en el mundo diariamente, resolví armarme con una peseta al tiempo que la pagaron. Cuando el pobre dueño del dinero iba à estirar la mano para coger sus cuatro reales, yo ya los tenia en la mia. Allí fué lo de *ese dinero es mio; no sino mio: yo digo verdad, y yo tambien;* con su poco que mucho de *está muy bien: ahí lo veremos: donde vd. quiera,* y todas las bravatas corrientes en semejantes lances, hasta que Enero con un tono de hombre de bien, dijo al perdidoso: amigo, vd. no se caliente. Yo ví poner á vd su peseta; pero la que el señor ha tomado [no le quede á vd. duda] es suya, que yo se la acabo de prestar.

Con esto se serenó la riña, quedándose aquel infeliz sin sus medecillos y yo habilitado con ellos.

Ya se me derritian en la mano sin acabar de ponerlos á un albur, no por que me faltara valor para apostar cuatro reales, pues ya sabeis que yo, aunque sin habilidad, sabia jugar y habia jugado cuanto tenia mi madre; sino porque temia perderlos y quedarme sin comer. ¡Tal era el miedo que la hambre me habia infundido el dia anterior!

Enero me lo conoció y me hizo señas para que los jugara con franqueza pues el ya tenia segura la mamuncia.

Con esta satisfaccion los jugué en cinco albures á la dobla, y cuando me ví con diez y seis pesos, creí tener un mayorazgo; ya se ve como aquel que en muchos dias no habia tenido un real.

Mi compañero me hizo seña de que los rehundiera, como lo verifiqué, pensando que nos íbamos á comer; mas Enero en nada menos pensaba, antes se quedó allí hecho un postema, hasta que se acabó la partida grande, á cuyo instante me pidió el dinero, sacó él

cuatro pesos y una de sus barajas y se puso á tallar (1) diciendo: tírenle á este *burlotito*.

Los tahures fuertes así que vieron el poco fondo, se fueron llenando; pero los pobretes se apuntaron luego luego, que es lo que se llama *entrar por la punta*.

El montecillo fué engrosando poco á poco, de modo que á las dos de la tarde ya tenia aquella *zanganada* como setenta pesos.

A esa hora fueron entrando dos payitos muy decentes y bien rellenos de pesos. Comenzaron á apuntarse de gordo, de á veinte y veinticinco pesos, y comenzaron á perder del mismo modo. En cada albur que yo los veia poner los chorizos de pesos se me bajaba la sangre á los talones, creyendo que en dos albures que acertaran se perderia todo nuestro trabajo y nos saliamos sin blanca soñando que habiamos tenido, lo que á mí se me hacia intolerable, segun el axioma de los tahures, de que *mas se siente lo que se cria que lo que se pare*.

Pero aquellos hombres estaban, segun entendí entónces, erradísimos, porque el albur en que ponian diez ó doce pesos, lo ganaban; pero aquel en donde apostaban entre los dos cuarenta ó cincuenta lo perdian, así podian jugarlo con mil precauciones.

De este modo se les arrancó á los dos casi á un tiempo; y uno de ellos, al perder el último albur que iba interesado y siendo de un caballo contra un as, vino el as; sacó los cuatro caballos, y mientras estuvo rompiendo los demas naipes, se los comió, como quien se come cuatro soletas, y hecha esta importante diligencia, se salió con su compañero, ambos encendidos como una grana y sudando la gota gorda. ¡Tales eran los vapores que habian recibido!

Enero con mucha socarra contó trescientos y pico de pesos: le dió una gratificacion al dueño de la casa, y lo demas lo amarró en su pañuelo.

[1] Barajar.

Ya se lo comian los otros tahures pidiéndole barato; pero á nadie le dió medio, diciendo: cuando á mí se me arranca ninguno me da nada, y así cuando gane tampoco he de dar yo un cuarto.

No me pareció bien esta duresa, porque aunque tan malo he tenido un corazon sensible.

Nos salimos á la calle, y nos fuimos á la fonda que estaba cerca: comimos á lo grande, y concluida la comida, me dijo mi protector: ¿Qué tal, señor Perico, le gusta á vd. la carrera? ¿Si no se hubiera determinado á armarse con aquella apuesta, contara con ciento y mas pesos suyos? Vaya: toma tu plata y gástala en lo que quieras, que es muy tuya y puedes disponer de ella á tu gusto con la bendición de Dios [1], aunque pienso que lo que conviene es que apartemos cincuenta pesos por ambos para puntero, y vayamos ahora mismo al Parian, ó mas bien al Baratillo, á comprar una ropilla decente, con cuyo auxilio la pasaremos mejor, nos darán mejor trato en todas partes, y se nos facilitarán más bien las ocasiones de tener; porque te aseguro, hermano, que aunque el hábito no hace al monje, yo no sé que tiene en el mundo esto de andar uno decente, que en las calles, en los paseos, en las visitas, en los juegos, en los bailes y hasta en las templos mismos se disfruta de ciertas atenciones y respetos. De suerte que más vale ser un pícaro bien vestido que un hombre de bien trapiento [2]; y así vamos.

No lo dijo á sordo: me levanté al momento, cogí mi dinero que era ménos del que le tocó á Enero; pero yo lo disimulé, satisfecho de que en asunto de intereses el mejor amigo quiere llevar su ventajita.

Fuimos al Baratillo, compramos camisas, calzones, chalecos, casa-

(1) Sólo eso le faltaba, porque no puede ser bendito de Dios lo que se adquiere malamente.

(2) No hay tal. Es verdad que el mundo abunda de gentes necias que califican á la persona por su exterior, y así tal vez honran al pícaro decente, pero al primer chasco que llevan se desengañan.

cas, capas, sombreros, pañuelos, zapatos y hasta unas cascaritas de reloj ó relojes cáscaras ó maulas, pero que parecían algo.

Ya habilitados, fuimos á tomar un cuarto en un meson, mientras hallábamos una vivienda proporcionada. En esto de camas no habia nada; y aunque se lo hice advertir á Enero, este me dijo: ten paciencia, que despues habrá para todo. Por ahora lo que importa es presentarnos bien en la calle, y mas que comamos mal y durmamos en las tablas, eso nadie lo ve. ¿Qué te parece que todos los guapos ó currutacos que ves en el público tienen cama ó comen bien? No, hijo: muchos andan como nosotros: todo se vuelve apariencia, y en lo interior pasan sus miserias bien crueles. A estos llaman *rotos*.

Yo me conformé con todo, contentísimo con mis trapillos, y con que ya no volvía á pasar otra noche en el *arrastraderito* condenado.

Llegamos al meson, tomamos nuestro cuarto y nos encajamos en él locos de contento. Aquella noche no quiso Enero que fuéramos á jugar, porque segun él decia, se debia reposar la ganancia. Nos fuimos á la comedia, y cuando volvimos, cenamos muy bien y nos acostamos en las tablas duras, que algo se ablandaron con los capotes viejos y nuevos.

Dormí como un niño, que es la mejor comparacion, y á otro dia hicimos llamar al barbero, y despues de aliñados, nos vestimos y salimos muy planchados á la calle.

Como nuestro principal objeto era que nos vieran los conocidos, la primera visita fué á la casa del Br. Martín Pelayo; pero ¿cual fué nuestra sorpresa cuando creyendo encontrar el Martín antiguo encontramos un Martín nuevo y en todo diferente del que conociamos? pues aquel era un jóven tan perdulario como nosotros; y éste era un cleriguito ya muy formal, virtuoso y asentado.

Luego que entramos á su cuarto, se levantó y nos hizo sentar con mucha urbanidad; nos contó como era diácono y estaba para dero-

narse de presbítero en las próximas témporas. Nosotros le dimos los parabienes; pero Januario trató de mezclar sus acostumbradas chocarrerías y facetadas, á las que Pelayo en un tono bien sério contestó: ¡Válgame Dios, Señor Januario! ¡Siempre hemos de ser muchachos? ¡No se ha de acabar algun día ese humor pueril? Es menester diferenciar los tiempos: en unos agradan las travesuras de niños, en otros la alegría de jóvenes, y ya en el nuestro es menester que apunte la seriedad y macisez de hombres, porque ya nos hacen gasto los barberos.

Yo no soy viejo, ni aunque lo fuera me opondría á un genio festivo. Me gustan en efecto los hombres alegres y joviales, de quienes se dice: *donde él está no hay tristeza*. Sí, amigos: para mí no hay cosa mas fastidiosa que un genio regañón, tétrico y melancólico: huyo de ellos como de unos misántropos atominables: los juzgo soberbios, descontentos, murmuradores, insociables y dignos de acompañar á los osos y á los tigres.

Al contrario, ya dije, estoy en mis glorias con un hombre atento, afable, instruido y alegre. La compañía de uno de ellos me deleita, me engolosina, me amarra, y seré capaz de estarle con él los dias y las semanas; pues, pero ha de ser de este estambre; porque en siendo un necio, hablador, arrogante y faceto ¿quién lo ha de sufrir?

Estos genios no son festivos sino juglares: su carácter es ruin y sus costumbres groseras. Cuando platican, golpean; cuando quieren divertir, fastidian con sus frialdades; porque hombres sin talento ni educacion no pueden parir buenos, alegres ni razonados conceptos; ántes las chanzas de éstos ofenden las honras y las personas, y sus agudezas punzan la fama ó el corazón del prójimo.

Esto digo, amigos, deseando que eviten ese genio chocarrero á todas horas. Todo tiene su tiempo. Las matracas de Semana Santa

parecerán mal á los muchachos en la Pascua de Navidad, y la lama de Noche Buena no la pondrán en sus monumentitos.

Así me lo ha hecho creer la experiencia, y algunos desaires que les he visto correr á muchos facetos.

A poco rato de decir esto el padre Pelayo, mudó de conversacion con disimulo; pero mi compañero que lo habia entendido y estaba como agua para chocolate, no aguantó mucho. Se despidió á poco rato y nos fuimos.

En la calle me dijo: ¿qué te parece de este mono? ¿Quien no lo hubiera conocido! Ahora porque está ordenado de evangelio quiere hacer del formal y arreglado; pero á otro perro con ese hueso, que ya sabemos que todas esas son hipocresías.

Yo le corté la conversacion, porque me repugnaba murmurar algunas veces, y nos fuimos á otras visitas donde nos recibieron mejor, y aun nos dieron de almorzar.

Así se pasó la mañana hasta que dieron las doce, á cuya hora nos fuimos al meson: sacamos veinticinco pesos del puntero, y nos fuimos al juego.

En el camino dije á Januario: hombre si van los payos, donde nos acierten un albur nos lleva Judas. No nos llevará, me dijo: ¡ojalá vayan! ¿Pues tú piensas que está en ellos el errar ó acertar? No, hijo, está en mis manos. Yo los conoseo y sé que juegan la apretada figura; y así les amarro los albures de manera que si ponen poco, dejo que venga la figura; y si pone harto, se las sube al lomo del naipe. Eso malo tiene el jugar cartas de aficion ó una regla fija.

¿Pues qué, tiene reglas el juego? le pregunté, y me dijo: lo que los tahures llaman reglas no es sino un accidente continuado (en bairajando bien), porque que venga el cuatro contra la sota, es un accidente: que venga despues el siete contra el rey, es otro accidente: que venga el cinco contra el caballo, es otro; y así aunque se hagan diez ó veinte contrajudios, no son mas que diez ó veinte accidentes

ó un accidente continuado. No hay mejor regla ni mas segura, que los *zapotes*, *deslomadas*, *rastrillazos*, y otras diligencias de las que yo hago, y aun estas tienen su excepcion, que es cuando se la advierten á uno y le ganan con su juego; por eso dice uno de nuestros refranes: que *contra viigata no hay regla*. Lo demas de *judia*, *contrajudia* *pares y nones*, *lugar*, y todas esas que llaman reglas, son entusiasmos, preocupaciones y vulgaridades, en que vemos que incurren todos los dias hombres, por otra parte, nada vulgares; pero parece que en el juego nadie es dueño de su juicio.

Ten, pues, entendido, que no hay mas que dos reglas: *la suerte y la droga*. Aquella es mas lícita pero ésta es mas segura.

En esto llegamos al juego; y *Januario* se sentó como siempre; pero no jugó mas que un peso, por que iba con intencion de poner el monte, pues segun el decia, así llevaba nuestro dinero mas defensa; porque *de enero á enero el dinero es del montero*.

Así que se acabó la partida pusimos nuestro burlotillo, y ganamos diez ó doce pesos, porque no fueron los poyos gordos que esperaba; sin embargo, nos dimos por contentos y nos fuimos.

Así pasamos con esta vuelta como seis meses, ganando casi todos los dias, aunque fuera poco. En este tiempo aprendí cuantas *fulle-rias* me quiso enseñar *Januario*: compramos camas, alguna ropa mas, y la pasamos como unos *marqueses*.

Nada me quedó que observar en dicho tiempo en asunto de juego. Conocí que es una verdad que *es el crisol de los hombres*, porque allí descubren sus pasiones sin rebozo, ó á lo menos es menester estar muy sobre sí para no descubrirlas, lo que es muy raro, pues el interés ciega, y en el juego no se piensa en mas que en ganar.

Allí se observa el que es *maleriado*, ya porque se echa en la mesa, se pone el sombrero, no cede el asiento ni al que mejor lo merece, le echa el humo del cigarro en la cara á cualquiera que está á su lado, por mas que sea persona de respeto ó de carácter, y hace

cuantas groserías quiere sin el menor miramiento. Lo peor es que hay un axioma tan vulgar como falso, que dice: que *en el juego todos son iguales*; y con este parco ni los *maleriados* se abstienen de sus groserías, ni muchas personas decentes y de honor se atreven á hacerse respetar como debieran.

De la misma manera que el *grosero* descubre en el juego su falta de educacion, con sus *majaderías* y *ordinariedades*, descubre el *inmoral* su mala conducta con sus votos y *disparates*: el *embustero* su carácter con sus juramentos: el *fullero* su mala fé con sus *drogas*. el *ambicioso* su codicia con la voracidad que juega; el *mezquino* su miseria con sus *poquedades* y *cicaterías*: el *desperdiciado* su abandono con sus *garbos imprudentes*: el *sinverguenza* su descoco con el *arrojo* con que pide á su sombra: el *vago*..... pero ¿qué me canso? Si allí se conocen todos los vicios porque se manifiestan sin disfraz. El *provocativo*, el *truhan*, el *soberbio*, el *lisonjero*, el *irreligioso*, el *padre consentidor*, el *marido lenon*, el *abandonado*, la *buscona*, la *mala casada*, y todos, todos confiesan sin tormento el pié de que cojean; y por *hipócritas* que sean en la calle, pierden los estribos en el juego, y suspenden toda la apariencia de virtud, dándose á conocer tales como son.

Malditas son las nulidades del juego. Una de ellas es la torpe decision que reina en él. Al que lleva dinero hasta le proporcionan el asiento, y cuando acierta, lo alaban por un buen punto y *diestro jugador*; pero al que no lo lleva ó se le arranca, ó no le dan lugar ó se lo quitan, y de mas á mas dicen que es un *ereston*, término con que algunos significan que es un tonto.

En fin, yo aprendí y observé cuanto habia que aprender y observar en la carrera. Entonces me sirvió de perjuicio, y ahora me sirve de haceros advertir todos sus funestos resultados para apartaros de ella.

No os quisiera jugadores, hijos míos; pero en caso de que juguéis

alguna vez, sea poco, sea lo vuestro, sea sin droga; pues menos malo será que os tengan por tontos, que no que paseis plaza de ladrones, que no son otra cosa los fulleros.

Muchos dicen, que juegan *por socorrer su necesidad*. Este es un error. De mil que van al juego con el mismo objeto, los novecientos noventa y nueve vuelven á su casa con la misma necesidad, ó acaso peores, pues dejan lo poco que llevan, acaso se comprometen con nuevas drogas, y sus familias perecen mas aprisa.

Habreis oido decir, ú oireis cuando séais grandes, que muchos se sostienen del juego. Yo apenas puedo creer que éstos sean otros que los que juegan con la larga, como dicen, esto es, los tramposos y ladrones, que merecian los presidios y las horcas mejor que los pillos Maderas y Paredes (1); por que de un ladrón conocido por tal, pueden los hombres precaverse; pero de éstos no.

Semejantes sujetos sí creo que se sostengan del juego alguna vez; pero los hombres de bien, los que trabajan, y los que juegan, como dicen, *á la buena de Dios*, lo tengo por un imposible fisico, porque el juego hoy da diez y mañana quita veinte. Yo sé de todo, y os hablo con experiencia.

Otra clase de personas se sostienen del juego, especialmente en México.....¿Nos oye alguno?.....Pues sabed que estos son ciertos señores que teniendo dinero con que buscar la vida en cosas mas honestas, y no queriendo trabajar, hacen comercio y grangería del juego; poniendo su dinero en distintas casas para que en ellas se pongan montes, que llaman partidas.

Como este modo de jugar es tan ventajoso para el que tiene fondo, ordinariamente ganan; y á veces ganan tanto que algunos conoço que ruedan coche y hacen caudales. ¿Qué tal será la cosa, pues para acomodarse de *talladores ó gurupíes* con sus mercedes, se hacen mas

(1) Dos famosos ladrones que hubo en México.

empeños que para entrar de oficial en la mejor oficina, y con razon, porque el lujo que estos ostentan y la franqueza con que tiran un peso, no lo puede imitar un empleado ni un coronel. Ya se ve, como que hay señorito de estos que tienen de sueldo diariamente seis, ocho, y diez pesos, amen de sus buscas, que esas serán las que quisieren.

Tambien menudean los empeños y las súplicas para que los señores monteros envíen dinero á las casas para jugar, por interés de las gratificaciones que les dan á los dueños de ellas, que cierto que son tales que bastan á sostener regularmente á una familia pobre y decente.

Estas son las personas que yo no negaré que se mantienen del juego; pero ¡qué pocas son! y si desmenuzamos el cómo, es menester considerarlas criminales aun á estas pocas, y despues de creer de buena fé que juegan con la mayor limpieza. Y si nó, pregunto! ¿se debe reputar el juego como ramo de comercio y como arbitrio honesto para subsistir de él? O sí, ó nó. Sí sí, ¿porque lo prohiben las leyes tan rigurosamente? Y si nó, ¿cómo tiene tantos patronos que lo defienden por lícito con todas sus fuerzas? Yo lo diré.

Si los hombres no pervirtieran el orden de las cosas, el juego lejos de ser prohibido por malo, fuera tan lícito que entrara á la parte de aquella virtud moral que se llama Eutropelia; pero como su codicia traspasa los límites de la diversion, y en estos juegos de que hablamos se arruinan unos á otros sin la mas mínima consideracion ni fraternidad, ha sido necesario que los gobiernos ilustrados metan la mano, procurando contener este abuso tan pernicioso, bajo las severas penas que tienen prescritas las leyes contra los infractores.

El que tenga patronos que lo defiendan y prosélitos que lo sigan no es del caso. Todo vicio los tiene, sin que por eso pueda calificarse de virtud; y tanto menos vigor tienen sus apologías, cuanto que no las dicta su razon, sino lá sórdido interes y declarado egoismo.

¿Quiénes son las gentes que apoyan el juego y lo defienden con

tanto ahinco? Examínese y se verá que son los fulleros, los inútiles y los holgazanes, ora considérense pobres, ora ricos; y de semejante clase de abogados es menester que se tenga por sospechosa la defensa, siquiera porque son las partes interesadas.

Decir que el juego es lícito porque es útil á algunos individuos, es un desatino. Para que una cosa sea lícita no basta que sea útil, es menester que sea honesta y no prohibida. En el caso contrario, podria decirse que eran lícitos el robo, la usura y la prostitucion, porque le traen utilidad al ladron, al usurero y á la ramera. Esto fuera un error; luego defender el juego por lícito con la misma razon, es tambien el mismo error.

Pero sin ahondar mucho, se viene á los ojos que esta decantada utilidad que perciben algunos, no equivale á los perjuicios que causa á otros muchos. ¿Qué digo no equivale? Es enormemente perjudicialísima á la sociedad.

Contemos los tunos, fulleros y ladrones que se sostienen del juego: agreguemos á estos aquellos que sin ser ladrones hacen caudal del juego: añadamos sus dependientes: numeremos las familias que se socorren con las gratificaciones que les dan por razon de casa: no olvidemos lo que se gasta en criados y *armadores* (1) advirtamos lo que unos entalegan, lo que otros tiran, lo que estos comen y lo que gastan todos, sin pasar en blanco el lujo con que gasta, viste, come y pasea cada uno á proporcion de sus arbitrios: despues de hecha esta cuenta, calculemos el numerario cotidiano que chuparán estas sanguijuelas del estado para sostenerse á costa de él, y con la franqueza que se sostienen; y entonces se verá cuantas familias es menester que se arruinen para que se sostengan estos ociosos.

Para conocer esta verdad no es necesario ser matemático, basta irse un dia á informar de juego en juego, y se verá que los mas que

[1] Este nombre damos á aquellos que andan reclutando tahures para los juegos. A estos tambien se les paga su diligencia.

ganan son los monteros (1). Pregúntese á cada uno de los tahures ó puntos ¿qué tal le fué? y por cuatro ó seis que digan que han ganado, responderán cuarenta que perdieron hasta el último medio que llevaban.

De suerte que esta proposicion es evidente: *tantos cuantos se sostienen del juego, son otras tantas esponjas de la poblacion que chupan la sustancia de los pobres.*

Todas estas reflexiones, hijos mios, os deben servir para no enredaros en el laberinto del juego, en el que, una vez metidos, os tendreis que arrepentir quizá toda la vida; porque á carrera larga rara vez deja de dar tamañas pesadumbres; y aun los gustos que dá se pagan con un crecido rédito de sinsabores y disgustos, como son las desveladas, las estragadas del estómago, los pleitos, las enemistades, los compromisos, los temores de la justicia, las multas, las cárceles, las vergüenzas y otros á este modo.

De todas estas cosas supe yo en compañía de Enero, y de algo más; porque por fin se nos arrancó. Comenzamos á vender la ropita y todo cuanto teniamos: á *estar de malas*, como dicen los hijos de Birjan: á mal comer: á desvelarnos sin fruto: á pagar multas, etc., hasta que nos quedamos como ántes, y peores, porque ya nos conocian por fulleros, y nos miraban á las manos con mas atencion que á la cara.

En medio de esta triste situacion, y para coronar la obra, el pícaro Enero enredó á un payo para que pusiera un montecito, diciéndole que tenia un amigo muy hábil, hombre de bien, para que le tallara su dinero. El pobre payo entró por el aro y quedó en po-

[1] Y los banqueros de los *Imperiales*. Este es otro jugueteito peor que el monte, porque incita mas la codicia con el exceso del premio que ofrece. He visto á los hombres andar como locos, con el lápiz y el papel haciendo cábulas y cálculos imaginarios. ¡Caramba en el juego que despues de dejar á uno sin blanca, puede despacharlo imperialmente á buscar un número á San Hipólito!

nerlo al dia siguiente. Januario me avisó lo que habia pasado, diciéndome que yo habia de ser el tallador.

Convenimos en que habia de amarrar los albures de fuera para que él alzara, y otro amigo suyo que habia vendido un caballo para apuntarse, pusiera y desmontara, y que concluida la diligencia nos partiáramos el dinero como hermanos.

No me costó trabajo decir que sí, como que ya era tan ladron como él.

Llegó el dia siguiente: fué Juan Largo por el payo: me dió éste cien pesos y me dijo: amito, cuídelos, que yo le daré una buena gala si ganamos. Quedamos en eso, le respondí, y me puse á tallar á mi modo y segun y como los consejos de mi endemoniadísimo maestro,

En dos por tres se acabó el monte, porque el dinero del caballo vendido eran diez pesos, y así en cuatro albures que amarré y alzó Januario, se llevó el dinero el tercero en discordia.

Este se salió primero para disimular, y á poco rato Januario, haciéndome señas que me quedara. El pobre payo estaba lelo, considerando que ni visto ni oído fué su dinero; solo decia de cuando en cuando: ¡mire señor qué desgracia! ni me divertí. Pero no faltó un miron que nos conocia bien á mí y á Januario: advirtió los zapotes que yo habia hecho, y le dijo al payo con disimulo y á mis excusas que yo habia entregado el dinero.

Entónces el barbajan, con mas viveza para vengarse que para jugar, me llevó á su meson con pretexto de darme de comer. Yo me resistía, no temiendo lo que me iba á suceder, sino deseando ir á cobrar el premio de mis gracias, pero no pude escaparme: me llevó el payo al meson, se encerró conmigo en el cuarto, y me dió tan soberbia tarea de trancazos, que me dislocó un brazo, me rompió la cabeza por tres partes, me sumió unas cuantas costilas, y á no ser porque al ruido forzaron los demas huéspedes la puerta y me quitaron de sus manos, seguramente yo no escribo mi vida, porque allí llega

su último fin. Ello es que quedé á sus pies privado de sentido, y fuí á despertar á donde vereis en el capítulo que sigue.

CAPITULO IV

Vuelve en sí PERICO y se encuentra en el hospital. Critica los abusos de muchos de ellos. Visítalo Januario. Convalece. Sale á la calle. Refiere sus trabajos. Indúcelo su maestro á ladron, él se resiste y discuten los dos sobre el robo.



O aseguro que si el payo me hubiera matado, se hubiera visto en trapos pardos, pues la ley lo habria acusado de alevoso, como que pensó y premeditó el hecho, y me puso verde á palos sin defensa, cuya venganza por su crueldad y circunstancias fué una vileza abominable; pero no se quedó atrás la mia de haberle entregado á otro su dinero en cuatro albures.

Alevosía y traicion indigna fué la suya, y la mia fué traicion y vileza endiablada; mas con esta diferencia, que él cometió la suya irritado y provocado por la mia, y la que yo hice no solo fué sin agravio, sino despues de ofrecida por él una buena gala.

De modo que, vista sin pasion, la vileza que yo cometí fué peor, y mas vergonzosa que la de él; y así si me matara en aquel dia muerto me habria quedado y con razon; porque si no debemos dañar ni defraudar á nadie, mucho menos á aquel que hace confianza de nosotros.

Casi de esta misma manera discurria yo conmigo dos horas despues